

tricolados, por lo cual no es el caso de presentar cuadros estadísticos comparativos.

Dios guarde al señor Ministro,

R. M. CARRASQUILLA

EL BESO DE LA PECADORA

(LEYENDA)

Ya despuntan las rosas del día
Sobre el negro perfil de los cerros,
Taciturnos colosos que guardan
La dormida ciudad. El sendero
Que del Monserrate conduce a la cumbre
Anima un vistoso y extraño cortejo.
En móviles grupos que a veces se alargan
O se arremolinan en pasos estrechos,
Esa muchedumbre parece de hormigas
Oscura falange que va al hormiguero.

Son los peregrinos del Señor : ufanos,
Al salvar los abruptos repechos,
Sin sentir la penosa fatiga
Con risas y cantos perturban los ecos.
Van hacia el santuario de Jesús caído,
Van hacia el humilde, legendario templo,
Que a todos evoca la infancia florida,
Que a todos evoca divinos recuerdos.

La antigua costumbre de las romerías
Conservan piadosos los hijos del pueblo,
Cuyas almas, sencillas y puras,
No ha cambiado el correr de los tiempos.

Al llegar a la estrecha planicie,
Enfrente del atrio musgoso y desierto,
Cuando las campanas de la vieja torre
Lanzan al espacio su cascado acento;

La legión dispersa de los peregrinos
 Ocupa los prados que en torno del templo
 Se cubren al punto de alegres fogatas
 Cuyos crespos humos desatan los vientos.
 Y todos contemplan la verde sabana
 Y admiran el vasto paisaje soberbio,
 Con la pintoresca ciudad extendida
 Al pie del gigante que vela su sueño.

*

Ha pasado la misa ; los fieles.
 aguardan reunidos el grave momento
 En que puedan llegar hasta el Cristo
 A quien fervorosos elevan su ruego.

Allá en el extremo de la humilde nave,
 A través de azules neblinas de incienso,
 Bañado en el rubio temblor de los cirios
 Se ve al Nazareno.

¡Qué imagen tan bella ! Refleja el instante
 En que sobre el triste, penoso sendero,
 Tras de su caída Jesús se incorpora
 Entre los guijarros que hieren su cuerpo.
 Ceñida la frente de agudas espinas,
 Desgreñado el undoso cabello,
 Parece un gran lirio cubierto de sangre
 Que surgiera del hondo misterio.
 En la faz dolorosa del Cristo
 Sus ojos amantes, llorosos luceros,
 Tienen tan intensa y extraña mirada
 Que el pecho más rudo turbárase al verlos.
 ¡Cómo inquietan el alma esos ojos !
 Aunque fingen mirar a lo lejos,
 Parece que buscan en los corazones
 Los más escondidos y oscuros secretos !
 Ternura y congoja se siente al mirarlos.
 Esos ojos, terribles y bellos,
 Nos hablan de ocultos problemas sombríos,
 De luz y de abismos, de gloria y tormento !

Por una escalera de baja techumbre
 Se llega hasta el Cristo ; con vagos anhelos,
 En ella se agrupan los peregrinantes
 Que de hinojos miden el pasaje estrecho.
 Dobladas las frentes, al pie de la imagen
 Llegan de rodillas y en avance lento,
 En torno a la estatua doliente y hermosa
 Pasan suspirando ternuras y rezos.
 Y le besan los pies ; tembloroso
 El labio acaricia con mudo respeto,
 La planta divina cubierta de sangre
 Que inmóvil y helada soporta los besos !

*

Como añejo aroma de pasados días
 Que satura el alma piadosa del pueblo,
 Flota una leyenda medrosa y sublime
 En torno a este Cristo doloroso y bello :

Hace muchos años,
 En una de aquellas peregrinaciones
 Cuyo origen se pierde a lo lejos,
 Una gran muchedumbre ascendía
 Por la senda escabrosa del cerro.
 Brillaban apenas las luces del alba
 Cuando ya la cumbre pisaba el cortejo.
 Era en esos tiempos en que fulguraba
 La Fe, como un astro de amor y consuelo.
 En aquel desfile cruzaba el magnate
 Muy cerca al mendigo de harapos cubierto ;
 Hermosas doncellas y plácidos niños,
 Caducos ancianos de blancos cabellos.
 Todos avanzaban con el alma ungida
 De luz y esperanza ; sencillos y buenos,
 Al amado Jesús milagroso
 Ansiaban decirle sus hondos anhelos.
 Mas, entre la turba de los peregrinos,
 Recordando al apóstol perverso,

Una altiva, falaz pecadora,
 Mezclábase a ellos.
 Era un alma que andaba perdida
 Entre un lago de sombra y de cieno ;
 Una pecadora que por su linaje
 Lograba sus faltas llevar en secreto.
 La sospecha rodeaba su nombre,
 Pero su hermosura, su ilustre abolengo,
 Con un manto de rosas cubría
 De su vida el abismo siniestro !

*

Llegóse el instante
 De adorar al Señor ; el estrecho
 Paso que circunda la imagen de Cristo
 Colmaban los fieles. Suspiros intensos
 Vibraban en torno. La faz del caído,
 Sus hombros llagados, sus ojos tan bellos,
 Llenaban de pena y amor a las almas
 En esos momentos !
 Avanzando de hinojos, nubladas
 Las pupilas, golpeándose el pecho,
 Los devotos fervientes oraban
 Con la inmensa piedad de esos tiempos.
 Al llegar a los pies de la imagen
 Demorábanse un punto, y sus besos,
 Con fugaz, rumorosa caricia,
 Posábanse en ellos.

La engañosa y audaz pecadora,
 Por lograr del mundo los vanos respetos,
 También con fingida piedad avanzaba
 Ahogando en su espíritu medroso recelo.
 Mas cuando sus labios traviesos e impuros
 La planta divina tocar pretendieron,
 Ocurrió el prodigio que a los corazones
 Heló con un soplo de angustia y de miedo !
 El callado mártir, cual si no pudiese
 Soportar el sacrilego beso,

Aun más repugnante que aquel con que Judas
 Lo entregó en el huerto ;
 Su pie siempre humilde retiró del labio
 Que engañoso y pérfido,
 Se acercaba hasta él, como víbora
 Que quisiera infiltrar su veneno !
 Y cuentan que entonces el pálido rostro
 De Jesús, cubrióse de rubor intenso,
 Y las tristes lágrimas que manan sus ojos
 Cual vivos diamantes copiosas cayeron.

Los que contemplaron de cerca el milagro
 Sintieron su sangre convertida en hielo.
 Un múltiple grito de angustia
 Escapóse de todos los pechos ;
 Sollozante clamor de plegarias
 Descendió del altar hacia el templo ;
 El solemne y grave camarín de Cristo
 En breves instantes se miró desierto.
 Y sólo el cadáver de la pecadora
 Fulminado, yerto,
 Al pie de la imagen quedaba tendido
 Cual visible señal del portento.
 Y sus ojos, saltados y fijos,
 Que en la faz del mártir clavábanse abiertos,
 Reflejaban aún, desolados,
 La expresión de un espanto supremo !

*

Desde entonces el Cristo se mira
 Con el pie recogido hacia dentro,
 Como si temiese que labios impuros
 Profanarle quisieran de nuevo.
 Y a través de los siglos, inmóvil,
 Sumergido en arcanos excelsos,
 Del santuario en la vaga penumbra
 En que flotan fugaces destellos ;
 Parece un gran lirio cubierto de sangre
 Que surgiera del hondo misterio !